

El escritor y el exilio¹

Heberto Padilla

CUANDO LLEGUÉ A NUEVA YORK EL 17 DE MARZO DE 1980, sabía que me separaba para siempre de Cuba. Ya no tenía esperanzas de cambios políticos substanciales ni próximos y mis aspiraciones se reducían al futuro personal. Había salido por Canadá y en el aeropuerto de La Guardia me esperaban, además de miembros de mi familia, algunos de los que habían gestionado y organizado mi salida: el senador Tedd Kennedy, el escritor Bernard Malamud (entonces presidente de PEN Club), Bob Silvers, director del *New York Review of Books*.

Pasé unos días en un hotel de esa ciudad, en medio del conjunto abrumador de muy diversos criterios sobre lo que debía hacer. Por otra parte me resultaba imposible olvidar de un día para otro las tensiones y el acoso vividos en La Habana. Recibí una llamada de Mario Vargas Llosa desde Washington, D.C. Mario tenía un *Fellowship* en el Woodrow Wilson International Center for Scholars y me informó que el Centro ofrecía otra beca.

Me había trasladado a la casa de Richard Sennet en el campus de New York University, en el Village. Era una casa muy bella, y allí le comuniqué a Susan Sontag, a quien me unía una vieja amistad desde La Habana, y a Derek Walcott, la oferta del Wilson Center. Susan opinaba que no debía irme a Washington, que el lugar idóneo para un escritor estaba en Nueva York. Quizás tuvo razón, pues con el tiempo llegué a lamentar el no haber prestado más atención a su advertencia. Pero los consejos de los que me rodeaban eran muy diversos, a menudo contradictorios, y sólo conseguían desorientarme más. La idea del Wilson Center me

¹ Este texto inédito pertenece a las memorias de exilio que Heberto Padilla dejó sin terminar. En julio de 1999 entregó el manuscrito a Andrea O'Reilly Herrera, quien tradujo y seleccionó parte del mismo para su compilación de testimonios sobre la diáspora cubana *Remembering Cuba: The Legacy of a Diaspora*, que aparecerá publicado por la University of Texas Press.

pareció algo concreto. Envié el manuscrito de mi novela *En mi jardín pastan los héroes* como proyecto para el *Fellowship* y me lo concedieron enseguida.

Había conocido a Lourdes Gil al día siguiente de mi llegada a Nueva York. Nos volveríamos a ver en casa de Graciela García Marruz y tuve la impresión de que su fragilidad y sencillez, que atraían con tanta intensidad, ocultaban una profunda ternura. Desde el primer instante me conmovieron su naturaleza, su cara seria y el tono de sus juicios, pero nunca imaginé que aquel encuentro fuera decisivo. Aunque no lamento el haberme marchado entonces a Washington, con frecuencia pienso que mi vida en Estados Unidos habría tomado un curso distinto, menos doloroso, si mi trato con Lourdes no se hubiera interrumpido. Lourdes puso fin a los espejismo que, tarde o temprano, había encontrado siempre en el amor. Junto a ella al menos me habría evitado verdaderas pesadillas.

Una vez en Washington, Mario me instaló en un hotel de Georgetown con mi familia, hasta que alquilé una casa en las afueras, propiedad de la profesora Sara Castro-Klaren. No sentía entusiasmo alguno, pues en realidad yo hubiera preferido salir de Cuba para España. Adolfo Suárez me llevó una invitación de Camilo José Cela y el Instituto de Cooperación Iberoamericana, para trabajar en una antología de poesía cubana que nunca se hizo. Pero el gobierno cubano no quiso aceptar la idea de que me marchara a Madrid. Creían que se haría demasiado contronversial mi salida de Cuba, y que tanto en Madrid como en Miami me estarían esperando para que hiciera declaraciones. De esto me enteré por Gabriel García Márquez, quien quiso verme el día antes de mi partida. También él pensaba que en Nueva York mi llegada se diluiría y no tendría el mismo impacto que en Europa y en Miami. Como Susan en casa de Richard Senneck, García Márquez tuvo razón.

Mi deseo era vivir en España y en varias ocasiones se presentó la oportunidad de lograrlo. Pero la oposición a mis planes no provendría del gobierno cubano, sino de mi familia. Cuando terminé mi novela en Washington y la publicó Plaza y Janés en 1981, viajé a Madrid para su presentación. La editorial quería celebrar el acto en los salones del Instituto de Cooperación Iberoamericana, pero la Embajada de Cuba protestó. Por fin se hizo en un club gigantesco y de alto copete de Madrid, a la que asistieron casi 100,000 personas. Jorge Semprún, Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral estuvieron a cargo de la presentación.

Recibí una fuerte suma por la novela y la editorial me dio un adelanto para que escribiera *La mala memoria*. Con aquel dinero y la acogida que tuvo la novela, pensé que era el momento de quedarme en Madrid. Quería vivir en España, donde tenía y tengo muchos amigos, la mayoría escritores. España era mi idioma y era donde mi trabajo literario había tenido mayor repercusión. Invertí parte del dinero en un piso magnífico que hoy valdría una fortuna, pero el proyecto fue recibido con más aspereza que entusiasmo. Mi familia, como la mayoría de las familias cubanas exiliadas, prefería vivir en los Estados Unidos. Tuve que olvidar mi viejo sueño de quedarme en Madrid y el dinero fue desviado a lo que resultó ser una pésima inversión. *Linden Lane* fue sólo un desacierto destinado a la chabacanería de un manual de esoterismo.

Durante mi estancia en Washington no frecuenté mucho el Programa de América Latina en el Wilson Center. Me sentía más a gusto con los «scholars» rusos, polacos, rumanos —los desertores del mundo comunista— que se agrupaban en el Kennan Institute. Vivía más en ese mundo en Washington que en el latinoamericano. Recuerdo muy particularmente al Director del Centro, el especialista ruso James Billington.

Cuando se cumplió el plazo de la beca me ofrecieron una cátedra en New York University y un *Fellowship* en el Instituto de Humanidades afiliado a esa institución y las acepté. Tanto Vargas Llosa como Ángel Rama me recomendaron a Princeton como el mejor sitio para vivir. Me mudé a Princeton, pero no me sentía totalmente a gusto. Tuve amigos entre los escritores que allí vivían, como Toni Morrison, Joyce Carroll Oates, Carlos Fuentes y el mismo Mario, pero la universidad siempre me dio la espalda. El aislamiento de Princeton se hizo mayor cuando tuve que dejar de frecuentar el Instituto de Humanidades, donde me reunía con Susan, Italo Calvino, Derek Walcott, Vassily Leontiev y Joseph Brodsky. La desconfianza de Belkis hacia cualquier escritor que no fuera cubano, su aversión por los intelectuales y sus padecimientos nerviosos se agravaron hasta el punto que también dejé de asistir a las veladas que organizaban Bob Silvers y Emma Roshild.

En Princeton no había libros ni librerías en español, ni acceso al desarrollo de la cultura en nuestro idioma, como no fueran los textos dirigidos a la academia. No había revistas sobre lo que se publicaba en alemán, en sueco. Opté por viajar cada vez que se presentaba una oportunidad. Belkis no quería desprenderse de Princeton y la única fórmula que encontré frente a su actitud fue aceptar cátedras en cualquier parte del mundo. Huía del infierno omnímodo de mi casa de Princeton.

No lo logré totalmente, pero prefería el contacto con el mundo europeo, donde se conserva una posición más abierta al mundo cultural internacional y las editoriales en España traducen y publican todo inmediatamente. En la lista de *best-sellers* en Madrid está el mundo; en la de Estados Unidos, casi absolutamente la obra de los escritores norteamericanos. Todos ellos pueden hallarse traducidos en Madrid, pero no sucede lo mismo a la inversa. El mundo editorial norteamericano es selectivo en lo que les concierne, lo que les interesa o lo que creen que el pueblo desea. Hay excepciones, como por ejemplo ha sucedido con la novela alemana *El lector* de Bernhard Schlink, que alcanzó el número dos en la lista de *best-sellers* del *New York Times*, pero la edición norteamericana está valorada por opiniones europeas solamente.

Por otra parte, en Estados Unidos el escritor extranjero no tiene otra alternativa que el mundo académico. El escritor norteamericano encuentra demasiadas limitaciones en la academia y se dedica al periodismo o al trabajo editorial. Pero escritores como Nabokov, Hannah Arendt, Brodsky, Walcott o Benítez Rojo, se incorporaron a las universidades norteamericanas. Es una especie de refugio antiaéreo. Están en el caso de Milozcs en California y Marcuse en Berkeley, o los integrantes de la Escuela de Frankfurt. Cuando Gunter

Mashke me llevaba a La Habana los libros de Adorno o Marcuse, no imaginé que me aguardaba un destino similar.

El comienzo de los departamentos de español en las universidades de los Estados Unidos se hizo con la colaboración de escritores españoles durante la Guerra Civil, como Jorge Guillén, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Navarro Tomás, Francisco García Lorca o Julián Marías. No eran *best-sellers*, pero tenían un éxito de estima por su trabajo literario. Todos estos individuos crearon aquí la cultura hispánica. Lamentablemente aquel nivel no se ha mantenido, y hoy los departamentos de español son en su mayoría fríos y grises.

En mi opinión, el exilio es una de las grandes catástrofes de cualquier época, sobre todo para el escritor. Nos desvincula de nuestro ámbito natural y de nuestra lengua, y ya nunca más seremos los mismos. Pero tampoco creo, porque la experiencia lo demuestra, que las tiranías sean eternas —Pinochet, Franco, Stalin. Creo que algún día nos reuniremos nuevamente en nuestro país. Así lo demuestra el regreso de los artistas e intelectuales españoles con la llegada de la democracia a España.

